

su querido prisionero se lo reprocharía.... Es decir, dependería de las circunstancias y de la disposición de ánimo de su camarada. Pero de todos modos, ¿procedía contárselo todo? ¿Sus visitas cotidianas, sus simpatías, su intimidad creciente por momentos? No. Esto no. Pedro quizás padeciera escuchándole; acaso temiera.... Porque, ¡no temía él mismo! Temía amar, y á un tiempo con temor y con alegría, pensaba si aquel amor inconsciente, espontáneo, aún difuso, no había sido comprendido.... ¡Y temía más, algo más grave! ¡Que fuera ya aceptado!.... ¿Y no sería una crueldad inaudita hacer estas confidencias á un hombre tan rudamente herido por la desgracia, que fundaba todo su valor y toda su resignación en el recuerdo de sus amores, y quizás en la esperanza de ellos mismos?

Aquí llegaba en sus reflexiones Jorge, cuando escuchó ruido de pasos, se abrió la puerta del locutorio, y Pedro apareció detrás de la reja.

XXXVII

En Mazas, como en la mayoría de las cárceles, los presos no están en contacto directo con sus visitantes. Dos rejas separadas entre sí por un espacio de un metro poco más ó menos dividen el locutorio, y aíslan á los detenidos. Un guardia se pasea por el callejón, y vigila las acciones de todos. En la Conserjería, la subdivisión es más racional; forma como especie de confesonarios, que permiten hablar á cada prisionero y á sus visitas con más inde-

pendencia. Pero de todos modos, siempre les separa cierto espacio, se ven apenas, á distancia, y los apretones de mano, los abrazos y los besos son imposibles á través de los hierros. No obstante esto, los directores de penales, bajo su responsabilidad, pueden acordar algún beneficio en el sentido de permitir estas dulces expansiones: el de Mazas tenía dadas órdenes particulares sobre Morlain y su amigo, y no sin mutua y agradable sorpresa, éste fué invitado para que franquease la verja, y pudo precipitarse entre los brazos de Pedro.

— Te esperaba (dijo el preso, luego que la emoción se lo permitió). No te reprocho por tu tardanza. Sé que el juez había dispuesto mi incomunicación. ¡Y tenía tantas ganas de verte!.... Antes que nada háblame de Lucía.

— Físicamente está buena. Ahora, tocante á su espíritu no puede decirse otro tanto.

— Sufre por mi causa. ¡Oh! Bien me lo figuraba.... Jamás he dudado de vuestro cariño. No os haré la injuria de preguntaros si me creéis culpable....

— ¡Nosotros...!

— ¿Verdad que tengo razón? Sin embargo, como quiera que se alzan en contra mía pruebas abrumadoras, pudisteis dudar un momento. Dime con franqueza lo que pensasteis.

— Pues bien, sí. Por lo que á mí se refiere, te confieso que un minuto, un segundo solo, menos aún, duró mi sospecha; pero creí en el primer momento que, dominado por la cólera, en un instante de locura, pudiste quizás....

— ¿Pero ya no dudas?....

— ¡Oh, no! Tengo poderosas razones.

— ¿Cuáles?

— En primer lugar, Lucía me hizo reconocer que, habiendo sido victima de un arrebato inevitable y cometido el crimen, tú mismo te hubieras entregado á la justicia.

— ¡Ah! ¡Eso dice! ¡Qué bien me conoce! Pero ¿qué otras razones tienes para no creerme culpable? ¿Dudas? ¡Nada me ocultes!

— ¡Es que!.... Es asunto bastante delicado....

— ¡Mira que no estaremos juntos mu-

cho tiempo! ¡Habla pronto! ¿Á qué te referes?

— Pues que te empeñas, sea (dijo Fontaine tras largo esfuerzo). Tú no pudiste asesinar á Laura, porque cuando ella caía bajo el puñal de un miserable.... estabas en otro sitio.

— ¿Dónde?

— En la calle Pereire....

— Pero.... ¿Sabes? ¿Cómo? ¿Por quién has averiguado?....

Jorge vaciló un momento, y por fin repuso:

— Por ella....

— ¡Ella! ¿Y quién es ella?

Entonces Fontaine acercó los labios al oído de su amigo, y le dijo en voz baja:

— La duquesa de Limours.

Pedro palideció, miró á Jorge con fijeza, y exclamó:

— ¡Pero de veras, ella!....

— Por medio suyo he obtenido el pase para verte. Acabo de verla, y me encargó que te dijera que agradece tu discreción; pero que, si quieres, está dispuesta á declarar la verdad.

— ¡Hablar! ¡Comprometerse! ¡Perder-

se! ¡Nunca! ¡Antes prefiero mil muertes!....

— Sin embargo, no hay más remedio...., so pena de que seas condenado.

— Lo seré en buen hora. Dile que le ruego, que le exijo, que no pronuncie una frase que pueda comprometerla. Que si lo intentara, su sacrificio resultaría inútil. Diría yo que era falsa su declaración; que apenas la conocía, y que, por consiguiente, nada tengo que ver con ella...., y nadie la creería.... ¡Ah! ¡Ya la conoces!.... ¡La ves, y la admiras!.... ¡Dichoso tú! ¡Verdad que merece mi cariño inmenso, este afán que tengo por sacrificarle hasta mi honra?.... ¡Es una criatura celestial!.... ¡Ella misma fué á buscarte!.... ¡Te conocía, porque yo la hablaba con frecuencia de ti y de tu hermana!.... ¡Es hermosa su conducta! Pero guárdanos eternamente el secreto. Si se llegase á traslucir....

— ¡Piensa en ti! No te fijas en ella sólo....

— ¡En mí! ¿Y qué importo yo? Sabe ella que no soy culpable; lo sabéis tú y Lucía, y con eso me basta....

— La condena....

—Mírame. Ve si la espero tranquilo. Dile que estoy contento en la cárcel; que jamás me sentí más enérgico ni mi corazón fué más feliz....

—Es demasiada generosidad. Comprende que ella ha de padecer, viéndote sufrir tanta desventura....

—No. No sufriré, porque no soy infeliz. Los criminales sí padecerán; pero los inocentes encontramos cierta especie de placer al vernos víctimas de un error humano.

—Pero cuando con una sola palabra....

—Jamás la pronunciaré, ni quiero que ella la pronuncie tampoco. ¿Y Lucía sabe lo ocurrido con Diana?

—Sí. No ignoras que para ella no tengo secretos.

—¿Y qué piensa? ¿Que dice?

—La pobre sólo de ti se ocupa. Eres lo primero para ella. El cariño de hermana que te profesa, ahoga todas las consideraciones posibles.

—Hace mal, Jorge; díselo. Ruégala en mi nombre que modifique su juicio. Dime, ¿no podrá venir á verme? ¿Ahora que está levantada la incomunicación.... sería tan

feliz dándola un abrazo!.... ¿Cuándo vendréis?

—Cuando vuelva. No está en París ahora.

—¿Pues dónde está?

—En Nantes.

—No comprendo qué objeto la ha llevado á Bretaña.

—Ocuparse de ti.

—¿De mí?

—Sí. Fué con el propósito de buscar un individuo á quien se pueda atribuir el asesinato de Laura.

—¿Ah! Bien sabía que no seríais capaces de abandonarme, y que vuestro cariño os indicaría el mejor camino para salvarme. Yo no debo ni quiero ofrecerles la coartada; pero tengo el derecho de buscar al culpable y decir á los jueces: «Ese es, no yo, el que debéis condenar.» ¡Gracias, hermanos míos, porque me habéis comprendido! ¿Y qué sospechas recaen sobre ese hombre á quien persigue Lucía?

—Se te parece, en primer lugar; tiene una reputación detestable, y asediaba á Laura, de quien era pariente, pidiéndole dinero.

— Pues no supe nunca nada de eso. Jamás me habló Laura de esas pretensiones. ¿Y le han dicho que era pariente suyo?

— Sí.

— ¿Y vive en Nantes?

— Sí.

— No tenía familia en ese pueblo. Estoy seguro. ¿Por quién habéis adquirido esos informes?

— Por Aurelia, la doncella de Laura. Lucía fué á verla, y....

— Pues, en tal caso, os han engañado. Esa mujer es mi enemiga.... no sé por qué. Sus declaraciones son terribles.... exageradas.... falsas. Es mentira que yo riñese frecuentemente con su ama, y sabía muy bien que el botón de pechera que dicen haber hallado junto al cadáver de Laura, le perdí muchos días antes. ¡Si le había yo encargado que lo buscara!.... Y, sin embargo, ha dicho lo que más me podía perjudicar. Me es sospechosa. En mis horas de soledad he adquirido la certeza de que esa muchacha oculta algo tenebroso. Escríbele á tu hermana; dile que pierde inútilmente el tiempo; que vuelva en seguida, y juntos buscaremos lo

que tanto nos interesa. ¡Tengo unos deseos de verla! Oigo los pasos del vigilante.... Van á separarnos.... Adiós.... ¡Ah! ¡Oye! Ve á la Duquesa, cuéntala lo que hemos hablado.... y dila.... Perdóname, querido Jorge; pero no sé lo que me sucede cuando pienso en ella....

XXXVIII.

— ¡Está concluído!.... ¡No la veré nunca más!.... Aunque me ahogue de pena, no quiero volver á cruzar con ella ni una mirada.

Esto murmuraba Jorge al abandonar la cárcel, y tales frases reflejaban su carácter y su locura, indomable ya. Agitado, febril, presa de una angustia indecible, tomó por el boulevard. Había despedido el coche al entrar en Mazas, y andaba tropezando con los transeuntes como un idiota. La entrevista con su amigo había desarrollado el

conflicto en un instante. Estaba lleno de vergüenza por su propia debilidad; aquellas palabras fraternales, aquella gratitud que le manifestara Pedro, le herían en el amor propio y en la conciencia.... Se reconocía indigno de cariño y agradecimiento.

Además, le había hecho daño oírle encomiar su amor por la Duquesa, y había sufrido al ver las ilusiones de su amigo, creyendo á pies juntillas en una pasión que no existía, pues que ni Diana abrigó un instante la idea de comprometerse por él, ni su dolor por verle preso era demasiado hondo.

Este malestar, su vergüenza y sus sufrimientos, le revelaron bruscamente, y sin posibilidad de duda, una cosa que no quería confesarse á sí propio hacía ya mucho tiempo: estaba frenéticamente enamorado de la mujer única que debía respetar sobre todas las otras; de la querida de su mejor amigo.

No, no volvería á verla. ¿Para qué? Si nunca había de hacerse amar por ella, era preciso evitarla para sufrir menos. Y si estaba en su ánimo corresponderle; si debía realizar todos sus afanes egoistas.... enton-

ces.... entonces era aún más necesario huir, para no incurrir en esa infamia.

Aquel hombre, insensible á todas las ternuras hasta entonces, se había impresionado por fin. Empezó por interesarle la imaginación: ¡sus relaciones con la Duquesa comenzaron de una manera tan extraña!.... Después todo el organismo se sintió invadido; el cerebro se acaloró; los nervios vibraron con energía, y la sangre circuló con ardoroso empuje, haciendo latir el corazón cada vez más fuerte, tanto más, cuanto que su somnolencia, su inacción, le habían conservado íntegra su potencia generadora de ensueños de amor....

Y á pesar de su propósito, Jorge sentía que le faltaban las fuerzas. Diana le había dicho: «*Vuelva V.*,» y él se había comprometido á llevarla noticias de Pedro.

¿Qué hacer? ¿Escribirle dándole cuenta de su comisión? Era lo mejor sin duda. No podía, no era capaz de ir en su busca y verla en su hotel suntuoso, sentarse junto á ella, anegarse en la contemplación de su belleza, al salir de aquel lúgubre edificio en donde su mejor amigo sufría las torturas de la ausencia y el alejamiento del ser

amado, sin más consuelo que sus recuerdos y sus esperanzas.

Y al evocar estos recuerdos y estas esperanzas, acariciadas sin duda á cada instante por su amigo Jorge, palideció. Se le apareció en el acto el hotelito del boulevard Pereire, con su escalera tapizada que conducía al santuario, con su alcoba elegantísima, y en ella un lecho dispuesto....; con su tocador y aquel armario que encerraba el peinador de seda, la prenda aquella que le hizo presentir á la mujer idolatrada....

En esto llegó al boulevard de los Italianos. Miró el reloj, y vió que faltaban pocos minutos para las siete. Aunque quisiera, que no quería, era ya tarde para ir á casa de Diana.

Pensó en comer. Pero ¿en dónde? ¿En su casa? ¿Para qué, si estaría solo! ¿En el Club? Tampoco. Le abrumarían á preguntas, y se vería obligado á satisfacerlas. Necesitaba recogerse dentro de sí propio; requería silencio y soledad; deseaba estar solo consigo mismo.... y con *ella*....

Maquinalmente tomó por la Avenida de la Ópera, entró en casa de Bignon, y se

sentó junto á la primera mesa que encontró vacía.

Volvió á pensar en Pedro. En aquel mismo restaurant comía diariamente casi, cuando gozaba de libertad. ¡Cuán dichoso debió ser muchas veces al ocupar quizás aquella misma mesa, pensando que se acercaba la hora deseada! ¡Con qué delicia saborearía los manjares que le servían!....

Pero el que no debía volver á verla no podía probar bocado. Tenía el estómago contraído como el corazón. Se encontraba en aquel sitio, porque era la hora en que acostumbraba comer, porque estaba rendido de cansancio después de tanta emoción y tras una larga caminata, porque quería escribir á Diana sin perder momento, y de una vez romper aquel encanto.

Pidió papel, tinta y una pluma, y reflexionó. ¿Qué la diría? Que había encontrado á Morlain bueno y animoso. ¿Y después? ¿No sería una imprudencia abordar el punto más importante, decirle que Morlain la rogaba que no se comprometiese por salvarle? Si aquella carta caía en manos del Duque por un accidente imprevisto.... Era un disparate escribir semejante cosa.